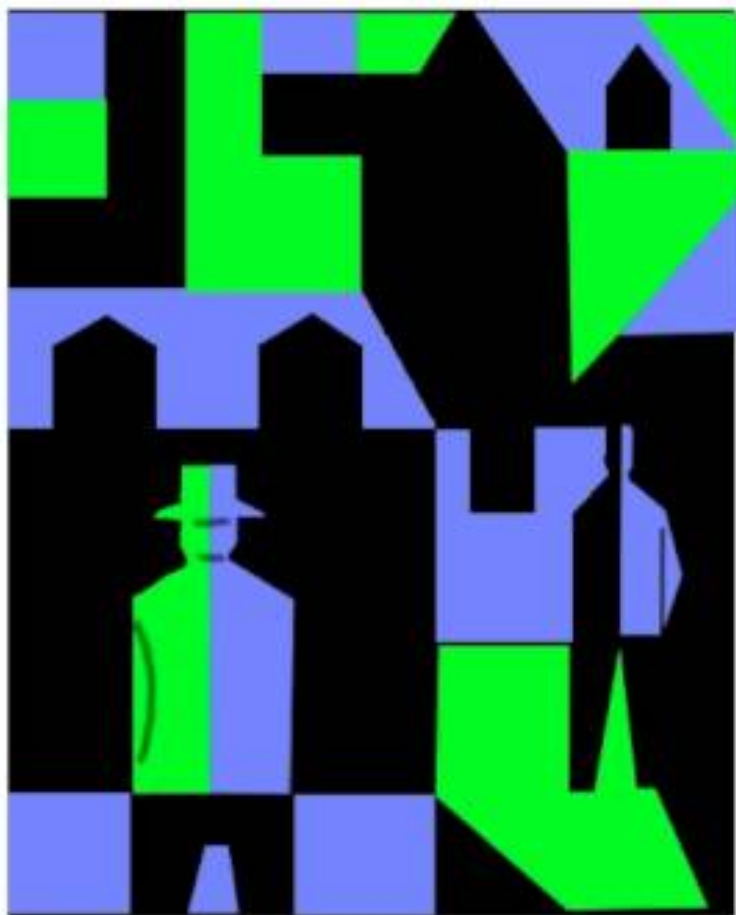


EL SÉPTIMO CÍRCULO

# PRISIONERO EN LA NIEVE

por  
BILL PRONZINI



Al llegar la nevada, los setenta y cinco residentes del pequeño pueblo en las Sierras Nevadas están plácidamente atendiendo sus asuntos, durante los días anteriores a Navidad...

Lo que los campesinos no saben es que este pueblo alberga ahora a tres extraños, cuya presencia llevará a una pesadilla de violencia y terror. Los visitantes, Kubion, Loxner y Brodie son veteranos ladrones profesionales, buscados por asesinato. Pronto sus siniestras intenciones se vuelven claras para los desamparados habitantes del pueblo.

La Impecable construcción de este *tour de force* de Bill Pronzini lleva a uno de los más dramáticos y electrizantes desenlaces.

*Para BRUNÍ, que también sufrió  
y  
para CLYDE TAYLOR, que tuvo fe y unas cuantas buenas ideas  
y  
para HENRY MORRISON, Agente 001*

# PRISIONERO EN LA NIEVE

Bill pronzini

## LIBRO UNO

*Desde el lunes 17 de diciembre,  
hasta el sábado 22 de diciembre.*

Cada vez que se abren las puertas del in-  
fierno,  
la voz que se oye es la propia.

PHILIP WYLIE  
Generación de víboras

## UNO

Cubierto con un suave brillo de nieve, decorado con lentejuelas, gigantescos bastones plásticos acaramelados y guirnaldas de luces de colores, el pequeño pueblo de montaña parecía a la vez idílico y ligeramente nebuloso, como una escenografía erigida para una segunda versión de *Navidad Blanca*. El cielo oscuro de la tarde de invierno abrigaba aún en su seno más nieve, y cuadrados de ámbar brillaban cálidamente en casi todos los marcos y en los frontispicios de los edificios; a pesar de la crisis energética, las bombitas tendidas a través de Sierra Street ardían con tonos firmes. En las empinadas laderas del valle hacia el Oeste, hacia el Sur y hacia el Este, los bosques de abetos rojos y pinos estaban en sombras, vestidos de blanco, tan extrañamente irreales como el pueblo mismo.

Un automóvil con los faros delanteros encendidos avanzaba a través del largo paso de paredes acantiladas que se abría hacia el Norte, County Road 235-A, el único camino abierto en este momento para entrar y salir del valle, y pasó el cartel de pino que dice: HIDDEN VALLEY - POBLACIÓN 74 - ALTURA 6,033. Justo delante de Garvey's Shell, donde el camino del condado comenzaba a llamarse Sierra Street, el automóvil se desplazó lentamente bajo las decoraciones navideñas, pasó delante del Valley Café, del Hughes' Mercantile, del Valley Inn y de la casa de deportes Tribucci Bros. Al llegar a la Iglesia de All Faiths, al final de la calle principal de tres cuadras, entró en el jardín delantero y se dirigió hacia la pequeña cabaña que había en el fondo.

Era el Reverendo Peter Reyes, de regreso de la ciudad de Soda Grove, más grande, situada ocho millas al Norte, donde tenía unos parientes.

En diagonal a la Iglesia, más allá del pueblo propiamente dicho, más allá de Alpine Street y de la casa que pertenecía al *sheriff* retirado del condado Lew Coopersmith, había un prado largo, alfombrado de nieve. En el centro un niño y una niña hacían un muñeco de nieve, produciendo con el aliento bocanadas de vapor en el aire frío y enrarecido. Como era tradicional, utilizaban palos para las orejas y los brazos, una zanahoria para la nariz y piedritas negras brillantes para los botones del chaleco y los ojos y para formar una boca de ancha sonrisa. Una vez que hubieron terminado, se retiraron varios pasos hacia atrás, hicieron bolas de nieve y las arrojaron al muñeco de nieve hasta que lograron volarle la cabeza.

Sierra Street continuaba con una pendiente muy empinada unos ciento cincuenta metros más y luego se bifurcaba en dos calles angostas. La de la izquierda era Macklin Lake Road que serpenteaba a través de las montañas más de veintiocho km y emergía eventualmente en otra comunidad vecina llamada Coldville; fuertes aludes la volvían intransitable durante los meses de invierno. A seis km del pueblo estaba el pequeño lago que daba el nombre al camino, como también un albergue para pescadores y cazadores, ahora, ocho días antes de Navidad, cerrado y desierto, que abastecía a los turistas veraniegos y a los deportistas en temporada. El brazo derecho, que la máquina del pueblo limpiaba después de cada nevada espesa, se transformaba en Mule Deer Lake Road y conducía a un gran lago, situado cuatro km hacia el Sudoeste, en el rincón más alejado del valle. Cerca de este lago había varias casas y cabañas de verano, así como también tres residencias donde se vivía todo el año.

El tercer camino del valle era Lassen Drive. Comenzaba en el pueblo, dos cuadras al Oeste de Sierra Street, ascen-

día en una curva gradual por dos km y medio por la ladera Este y luego se deshilachaba en una serie de senderos peatonales y sendas naturales. La casa más grande de Hidden Valley estaba situada en Lassen Drive, a un tercio del camino, cuesta arriba; anidada entre espesos pinos, pero con una vista amplia del pueblo y de las laderas Sur y Oeste; era una casa rústica de dos pisos con techo alpino y una galería sobresaliente estilo suizo. Matt Hughes, alcalde de Hidden Valley y dueño de Hughes' Mercantile, vivía allí con su esposa Rebeca.

Quinientos metros más arriba había una cabaña con forma de «A» también rodeada de pinos, también con muy buena vista, también perteneciente a Matt Hughes. Ni los Hughes, ni ninguno de los demás residentes de Hidden Valley sabían mucho sobre el hombre que había alquilado la cabaña hacia fines del verano anterior, un hombre llamado Zachary Cain. No tenían idea de dónde había venido (a menos que fuera San Francisco) o de qué vivía, o por qué había elegido residir en este valle aislado situado en lo alto de la región Noroeste de la Sierra Nevada de California; él no proporcionaba ninguna información, era absolutamente reticente y resultaba imposible llegarlo a conocer. Lo único que sabían con certeza era que nunca se alejaba del valle, que se aventuraba al pueblo sólo para comprar comida y bebidas alcohólicas, y que recibía una sola carta por mes, un cheque al portador por trescientos dólares girado sobre un banco de San Francisco, que cobraba en el Mercantile. Algunos decían, debido a la cantidad de bebidas que compraba y aparentemente consumía por semana, que se trataba de un alcohólico solitario. Otros creían que era un rico excéntrico asocial e independiente. Otros pensaban que se estaba ocultando, que tal vez fuera un fugitivo de uno u otro tipo, y esto había causado una cierta consternación en una pequeña minoría de residentes. Pero cuando Lew Coopersmith, ante la insistencia del dueño del Valley Café, Frank McNeil, controló los datos de Cain por medio del



*sheriff* del condado, y se enteró de lo suficiente como para estar seguro de que Cain no era buscado por ningún agente de la ley, dejó el asunto de lado, ya que hubiera sido una invasión de lo privado proseguirla más allá. Como resultado, los del pueblo aceptaron finalmente, aunque de mala gana, la presencia de Cain entre ellos y lo dejaron casi siempre solo lo cual era, por supuesto, exactamente lo que él quería.

Ahora estaba sentado, como lo hacía a menudo, en la mesa frente a la ventana de la parte delantera de la cabaña, mirando hacia Hidden Valley. Era un hombre grande y oscuro, con manos de dedos gruesos que daban impresión de poder y, curiosamente, de amabilidad. La misma extraña mezcla se hallaba en la forma larga y cuadrangular de su rostro y la habían tenido sus ojos grises cejjuntos, pero ahora los ojos estaban en trance, llenos de vacío, como las casas viejas que han sido abandonadas por sus dueños. Un cabello marrón oscuro, casi negro, le crecía tan espeso como una piel en el cuero cabelludo, en los brazos, las manos y en los dedos, dándole una leve, aunque no desagradable, apariencia de oso. La imagen se acentuaba por los mechones grises de la barba que se había dejado crecer cinco meses antes por la simple razón de que no tenía ganas de ocuparse del diario ritual de afeitarse. La apariencia de cera de la piel tensa sobre los pómulos y bajo los ojos agregaba diez años, que no tenía, a su edad de treinta y cuatro.

La cabaña tenía dos habitaciones y un baño con paredes de pino nudoso, y gruesas vigas que atravesaban el techo alto de dos aguas. El mobiliario era espartano: en el *living*, una pequeña chimenea de piedra, un canapé con almohadones tapizados con una tela del color de las hojas otoñales, una silla haciendo juego, un mostrador no muy alto para desayunar, hecho de pino que llegaba hasta la cintura, tras el cual se hallaban las instalaciones de la cocina. En el dormitorio, que se divisaba a través de una puerta abierta en el extremo más alejado de la habitación, una ca-

ma sin hacer, una cómoda y una silla de mimbre de respaldo curvo. En ninguna parte se veían toques personales, que dieran sensación de hogar; ni una fotografía, ni un libro, ni un cuadro, ni adornos masculinos de ninguna especie. La cabaña era aún el mismo impersonal alojamiento para turistas y cazadores que había sido cuando la alquiló.

En la mesa de la ventana frente a Cain había una botella de añejo *bourbon*, un vaso que contenía tres dedos de licor, un paquete de cigarrillos y un cenicero que desbordaba. Las únicas veces que se movía era para levantar el vaso hasta la boca, para volverlo a llenar cuando se vaciaba, o para encender otro cigarrillo. La cabaña estaba muy tranquila pero se podía oír claramente el helado silbido del viento que soplaba atravesando la ladera de la montaña, salpicando nieve de las ramas de los árboles y arrancando lamentos al burlete que rodeaba el vidrio. También podían oírse, de tanto en tanto, los vagos acordes de los discos de villancicos de Navidad que emanaban sin cesar de los altavoces exteriores del Mercantile, y que debido al enrarecimiento del aire a veces se escuchaban allí, a pesar de estar a tanta más altura que el pueblo.

Como ya había ocurrido otras veces en estas últimas dos semanas, cada uno de ellos le traía recuerdos fragmentados de los rincones alegres de su mente...

*¡Oh, venid todos los fieles, contentos y triunfantes!*

*¡Oh, venid, oh, venid, a Belén!...*

... Angie, cantando esas palabras, suave, dulcemente, mientras adornaban el árbol el año anterior, sonriendo, ese mechón de cabello dorado que le caía como un signo de interrogación sobre el ojo izquierdo, su rostro ligeramente sonrojado debido a los roños calientes que habían tomado antes, y Lindy tironeándole del ruedo del vestido, bailoteando por todas partes diciendo: «¡Mami, Mami, déjame

poner el ángel en la punta!» y Steve colgando la media de la repisa de la chimenea, muy delicado, muy cuidadoso, la punta de la lengua asomándole como la de un gato en el espacio que había dejado el diente delantero caído...

*Noche de Paz, Noche de Amor  
todo duerme en derredor,  
y hasta ...*

... La voz de Angie otra vez, más suave, más reverente, mientras todos sentados en el *living* oscurecido miraban las luces del árbol que se prendían y se apagaban, los chicos soñolientos pero resistiéndose a darse por vencidos porque querían esperar a Santa Claus levantados, la voz de Angie haciendo de las palabras un arrullo que finalmente los hizo dormir, y él y Angie llevándolos arriba y metiéndolos en la cama y luego caminando en puntas de pie escaleras abajo, disponiendo los regalos, llenando las medias, y cuando todo estuvo preparado subiendo hasta la propia alcoba, acostándose muy jimios, abrazados en la noche de paz, noche de amor...

Cain se puso de pie abruptamente empujando su silla hacia atrás y llevó el vaso lejos de la ventana. Se detuvo, sin mucha seguridad, en medio de la habitación, mirando a la chimenea, que le trajo a la memoria la de la casa que había tenido cerca de los Twin Peaks de San Francisco, la casa que ya no existía. Se dio vuelta, fue hacia el mostrador y lo rodeó para entrar en la zona de la cocina en busca de un nuevo paquete de cigarrillos. Con gesto espasmódico desgarró el celofán, se puso uno en la boca y comenzó a palparse los bolsillos de su camisa Pendleton. Los fósforos estaban sobre la mesa. Hacia allí fue nuevamente, se sentó, encendió el cigarrillo, agotó el *bourbon* que quedaba en el vaso; luego miró fijamente hacia el valle otra vez, resistiéndose ahora a oír los lejanos villancicos, concentrándose en lo que veía desplegado ante sus ojos.

Un mundo blanco, suave, limpio. La nieve encontraba una manera de ocultar la fealdad y disimular el boato chillón de la humanidad, de crear ese tipo de belleza que una prostituta logra con maquillaje y una iluminación adecuada. Aquí, en este idílico vallecito fantástico, casi se podía creer otra vez en Navidad, en Dios, en la paz sobre la tierra, en la buena voluntad hacia los hombres; casi se podía creer que la vida tenía sentido y valía la pena vivirla, que había esperanza, alegría y justicia en el mundo. Pero todo era una ilusión, todo era una mentira. No había Dios, no había paz, ni justicia; no había nada en qué creer, no quedaba absolutamente nada.

Cain tomó la botella de *bourbon* y se sirvió otro trago.

## SACRAMENTO

Los tres entraron a buscar la recaudación a las dos y treinta, exactamente media hora antes de la llegada, según horario, del coche blindado.

El lugar se llamaba Greenfront, uno de esos supermercados donde se puede comprar de todo, desde cosas de almacén hasta juegos de muebles completos; estaba situado en las afueras de Sacramento, hacia el Norte. Un empleado había hecho saber en los lugares indicados de Los Ángeles, ocho semanas atrás, que deseaba vender un paquete de información completa sobre este complejo. Kubion lo había recogido de inmediato; era un planificador, un organizador, se hallaba desocupado y buscaba algo sólido y sabroso. En los papeles el trabajo parecía muy bueno. Entregó al tipo un pago inicial de quinientos dólares por la idea, le dijo que recibiría otros dos mil si las cosas iban bien, pensó el asunto un rato, calculó que un equipo de tres estaría bien, y fue a hablar con Brodie. Había trabajado con Brodie antes; era agudo, se podía confiar en él y tenía

una infinidad de talentos, tales como ser un buen volante y tener contactos que les podían proveer cualquier cosa, salvo un tanque. Brodie también andaba buscando y contestó que hasta allí la cosa le gustaba, de modo que quedó incluido. Charlaron sobre quién sería el tercero. Ambos deseaban que fuese Chadwick; pero Chadwick no estaba disponible, ni tampoco otros dos a quienes se lo propusieron, de modo que tuvieron que arreglar con Loxner. Loxner era grandote, bruto, de pocas luces y sabía cumplir órdenes suficientemente bien, pero la cosa con él, como ocurre con la mayoría de los fortachones del ramo, es que era valiente sólo cuando las cosas iban bien y él estaba empuñando el arma. Pero si había algún tipo de tensión se decía que se acobardaba y quizás entonces no se podía contar con él para hacer otra cosa que cagarse en los calzoncillos. Pero aun así, había andado en éstas por mucho tiempo y sólo había caído una vez, y eso hablaba ahora a su favor. De modo que le dijeron a él, y como estaba libre y hambriento se completó el equipo.

Ese lunes los tres habían ido a Sacramento para revisar las cosas. Una única vigilancia del ritual vespertino con el coche blindado, utilizando binoculares desde un matorral alejado, los convenció de que el trabajo no sólo era viable sino que era un verdadero misterio que nadie hubiera desvalijado el lugar anteriormente. Kubion desarrolló de inmediato un plan en gran escala, pero se negaron a adoptarlo si existía la posibilidad de un método alternativo; la financiación sería muy costosa y les llevaría mucho de lo recaudado. Visitaron el supermercado varias veces, individualmente y en pares, y acamparon en los árboles tres sucesivos lunes por la tarde. Pero no pudieron encontrar otro método de hacerlo tan limpio y seguro como el original. Incluso consideraron la posibilidad de atacar el coche blindado, pero era una proposición peligrosa y desde ningún punto de vista sencilla o garantida, en particular porque el coche operaba estrictamente en zonas residenciales o comercia-

les. Y tampoco habría más dinero en la tienda haciéndolo de ese modo, porque el coche entregaba cada pago a uno u otro banco después de hacer la recolección.

Por razones que conocería sólo su gerencia, la compañía de coches blindados no utilizaba necesariamente los mismos agentes de seguridad todos los lunes para esa recorrida y, por el contrario, la contraseña para entrar al Greenfront nunca variaba: un toque largo, dos cortos, uno largo, en el timbre de la puerta trasera. Estos dos hechos, descubiertos durante la observación, convencieron finalmente a los tres de tomar a Greenfront de acuerdo al plan inicial de Kubion. Una vez establecido el método operativo, convinieron en hacer un pozo común con sus magras reservas en efectivo para eliminar la financiación externa y una rebanada de la punta aún mayor, y se pusieron a trabajar en su preparación.

Brodie entendía algo de fotografía y se pasó dos días a la salida de las oficinas de los coches blindados en el centro de Sacramento, tomando disimuladas fotos en colores de los guardias y del tipo de coche blindado que utilizaba la empresa. Cuando revelaron y ampliaron las fotos, Kubion llevó la de los autos a un mecánico que Brodie conocía en San Francisco, y el mecánico después de considerarlo, decidió que por ocho mil podría hacer una imitación que resistiría la inspección más minuciosa. Después Kubion llevó las fotos de los guardias a lo de un sastre en Los Ángeles que también había proporcionado Brodie, e invirtió otros dos mil en tres uniformes similares al de los guardias, tres equipos de disfraces teatrales comunes y seis bolsas para dinero del tipo utilizado por la compañía del coche blindado. Brodie se encargó de las armas a través de un armero seguro de Sacramento; compró tres revólveres Colt New Pólice calibre 38 del mismo modelo que llevaban los de la custodia, y una Smith & Wesson modelo 39, automática, calibre 38, como apoyo suplementario. Cada uno de los tres sucesivos lunes Brodie siguió al coche que prestaba el

servicio a Greenfront (una parada por semana, utilizando coches alquilados diferentes para evitar la posibilidad de ser detectado); de esta manera se enteró que la parada inmediatamente anterior a Greenfront era un lugar llamado Supermercado Saddleman's, a dos millas de distancia del complejo comercial.

El explegado de Greenfront había proporcionado un mapa detallado de la oficina como parte del paquete de información, y los tres lo estudiaron varias veces para estar seguros acerca de lo que podían esperar una vez adentro. La puerta trasera, a través de la cual penetraban al edificio los custodios del coche blindado, se abría sobre unas escaleras. En la parte superior había una segunda puerta, también cerrada con llave, y más allá se hallaba la oficina: un cubículo con ventanillas ocupado por el gerente de la tienda y seis escritorios atendidos por el personal general. Una puerta, que conducía a la parte de abajo, al negocio propiamente dicho, estaba situada en el extremo izquierdo, entrando por atrás. La caja fuerte estaba empotrada en la misma pared que dicha puerta; el gerente y el contador general tenían la combinación. Una ventana de gruesos paneles de vidrio que comenzaba a la altura de la cintura, en la pared del frente, que daba sobre los corredores, y los departamentos y las cajas del piso principal. Siete empleados, más dos funcionarios de seguridad uniformados y armados, uno de los cuales descendía para dar entrada al personal del coche blindado. Dos armas más en el edificio, pertenecientes a los dos agentes de seguridad ubicados en el piso principal. Ningún tipo de sistema de alarma.

No había ningún problema en esto, ningún problema una vez que estuvieran adentro. La única complicación era el falso coche blindado. Deberían conducirlo hasta Greenfront, dejarlo a la vista frente a la puerta por los aproximadamente quince minutos que llevaría completar la tarea, y luego alejarse con él nuevamente; pero eso no se podía